

Murcia: Un mes a 1.50 pesetas.

Resto de España un trimestre 3.50 Id.

Precio de la venta

5 céntimos ejemplar y 25, 75 céntimos

REDACCION Y OFICINAS:

SELGAS, 4.-MURCIA

Año 11

MURCIA.-Miércoles 4 de Septiembre de 1907

Núm. 315

El Demócrata

DIARIO DE LA TARDE

LOS ANUNCIOS DE TODAS CLASES
A PRECIOS SEGUN TARIFA

TODA LA CORRESPONDENCIA Y GROS
DEBEN DIRIGIRSE

Al Director Gerente

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Necesidad nacional

A pesar de que la experiencia nos ha enseñado que sin escuelas, sin muchas escuelas, jamás avanzaremos un paso en el camino del progreso, nuestra ambición, avasalladora y potente, se fija en otra ruta más incierta, más espumosa, y por la cual, en lugar de avanzar, como queremos, se retrocede, que es lo que estamos haciendo. El atraso que padecemos en todos los órdenes de vida única y seguramente radica en nuestra escasa comprensión de la realidad, que nos hace esquivar el encuentro con lo provechoso, con lo que puede reportar excelentes beneficios, para entregarnos abierta y sinceramente a lo perjudicial. Si en vez de hacerlo así, como por desgracia ocurre, laborásemos por lo útil y conveniente, hace mucho tiempo que habríamos salido de la situación en que nos hallamos y con la cual, de cualquier modo que trabajemos, vamos a parar a la misma cosa: a nuestra anulación como país independiente.

Se clama contra el atraso, contra el bochornoso analfabetismo que convierte en bestias a las personas, pidiendo reformas, mejoras prácticas que supriman esa vergüenza; pero las demandas se pierden en el vacío y el dinero que debía emplearse en esas cosas se evapora en otros asuntos, de los cuales, en resumidas cuentas, no sacamos nada en limpio. Ahora, sin ir más lejos, con la reorganización de la Marina nos sucede algo semejante. Estamos convencidos de que la escuadra proyectada es incapaz de hacer frente a la de cualquiera otra nación, por chica que sea, y sin embargo, contra lo natural, nos empeñamos en hacerla y la haremos, gastándonos doscientos millones que aprovechados en construir escuelas y en abrir canales de riego, a los cuatro años principiaríamos a recoger los beneficios, cosa que no ocurrirá con la escuadra, pues ésta nos irá empobreciendo paulatinamente.

La desmedida ambición de los hombres públicos, llevándolos a acometer empresas imposibles, pone al reino en duro trance, porque no hay nada más perjudicial que lo inútil. Siempre que se trató de la reorganización de la Marina hemos experimentado amargos desengaños, porque, ó se perdió el dinero en no sabemos qué cosas ó se empleó de manera que la nación no tuvo noticias de su inversión. Hoy, frente a la nueva reorganización proyectada, el país se fija en todo lo que se hace, para luego saber a ciencia cierta dónde se metieron los millones. La enseñanza de pasadas épocas, abriendo los ojos, le hace ser más cauto, más reparador en los sucesos que se realizan.

Con un poco de patriotismo y otro poco de sinceridad, el gobierno este, como todos, podía hacer mucho por el país, laborando por reconquistar los campos, perdidos en la incultura. La obra que se necesita es de voluntad, de firmeza, no de exhibiciones. Cuantos quieran pueden contribuir a ella con sólo dejarse en sus casas los exclusivismos y prejuicios, que matan todas las iniciativas nobles. En vez de escuadra, que para nada provechoso nos sirve, necesitamos escuelas, muchas escuelas, para ir poco a poco formando la conciencia nacional y quedar en condiciones de hacer frente al porvenir, por terrible y amenazador que se presente.

PLUMAZOS

Conflicto nacional

Diriase a juzgar por el regocijo oficial que produjo en toda España la muerte del Peralta que este era el asunto más nacional, el de mas honda transcendencia que afectaba a la vida de la nación. Ante él, si hemos de creer en el júbilo del ministro de la Gobernación, nada suponen ni nada valen otros asuntos, que deben pertenecer a un orden más inferior. Ni el monopolio de los azúcares, ni la abrumadora subvención concedida a esa empresa nomata que hará llover el maná en nuestras posesiones africanas, ni el conflicto que cada vez, se entreda más en Marruecos; nada, todo esto no son más que niñerías si se las compara con la muerte de un bandido; el gobierno no debía preocuparse nada más que de eso, y desaparecida ya la causa, debe entregarse al reposo aquel del que ha cumplido su misión.

Mientras tanto, más allá de las fronteras, juzgándonos a todos por el regocijo oficial, tal vez se crea que en España la única misión de un gobierno es casar bandidos, y que lo único que nos hace ser desgraciados y en lo único que se ocupa el país, es en seguir paso a paso una vulgar aventura de bandolería. Ya se puede dormir tranquilo, España ha vuelto a ser nación europea, y los pequeños conflictos, miserables detalles de la existencia, tales como la emigración, los ruinosos monopolios, las prebendadas empresas, etc. etc. se han resuelto a gusto de todos, y los que no se hayan resuelto, a nadie le importa ni le roba el sueño.

Elevamos desde hoy al orden de conflicto nacional, la captura de un bandido que hace sus correrías por los campos en donde no se conocen los buenos oficios de un gobierno mientras en las grandes ciudades quedan impunes crímenes espantosos cometidos a la luz del día; elevamos a la categoría de problemas transcendentísimos hechos insignificantes, vulgares, con los que se extravía la imaginación popular creyendo ver renacer heroes antiguos y olvidados. Y la divina Providencia que se encargue de lo demás.

NAZARIN.

Información especial

Edificación de ciudades

Si bien es verdad que las ciudades no nacen en un día y que desde el momento en que el primer vecino se instala en un punto hasta que llega a tener un lugar en el mapa ó un nombre en la geografía pasan muchos lustros y aún siglos, se han dado, sin embargo, casos de ciudades que han nacido y crecido en un solo día.

Hace unos cincuenta años, durante la gran fiebre de oro de Australia, la ciudad de Canvas ó Canvastown, en el monte Esmeralda (Victoria), fué edificada en veinte horas. En este corto espacio de tiempo, 80.000 habitantes se acomodaron en la recién nacida ciudad.

La ciudad de Custer, en Colorado, también se edificó en un solo día, en el que se construyeron 500 casas de madera, que quedaron implantadas en el lugar que hoy conservan.

Todo el material ya preparado, cortado y numerado, salió de las factorías para el sitio destinado en el que se armaron las habitaciones en un solo día y fueron colocadas de acuerdo con los planos anteriormente trazados. El sitio también había sido nivelado y preparado de antemano y varios miles de hombres, siguiendo las órdenes de los arquitectos, armaron en tan corto espacio de tiempo la ciudad de Custer que a las veinticuatro horas de haber conseguido su fundación tenía ya un hotel de dos pisos, panaderías, carnicerías y demás tiendas de los artículos de mayor necesidad.

No una, varias fueron las ciudades que en Oklahoma fueron edificadas en un solo día y Thomas City una de ellas no tuvo necesidad ni de medio día; en una sola tarde la ciudad estaba edificada.

A las pocas horas tenía la nueva villa tres mil habitantes, los negocios comenzaron aquel mismo día y por la noche apareció el primer número de un periódico que se confeccionó allí mismo para la comunidad. Al día siguiente se verificó el bautizo del primer thomaseño.

Otra ciudad de la misma región compañera de Thomas City, también nació como por obra de magia. En un viernes Luyder que era un terreno plano como la palma de la mano, tuvo calles y plazas que se vieron cuajadas de tenderos, comerciantes, negociantes en terrenos, ansiosos de adquirir domicilios en los mejores sitios de la novísima ciudad. Al día siguiente ya contaba con 10.000 habitantes, estación férrea, dos hoteles, tres casas de banca y una tienda en cada casa.

Cosas de feria

Hasta aquí no sabíamos nada de la feria, porque nada se había visto; pero desde anoche, con el monumental, con el aparatoso, con el formidable castillo de fuegos de artificio, conocemos su existencia, cosa verdaderamente prodigiosa. Cuantas personas vieron el castillo de anoche, quedaron sorprendidas, porque en

verdad que nunca, jamás pudimos sospechar que se quemara uno semejante, digno tan solo de Madrid, París, etc., etc.

El Alcalde, que ya sabía lo que se le iba entre manos, quiso dejar su nombre a gran altura, y lo consiguió; lo dejó a la altura del asfalto de la Platería.

Empobrecidas como están las arcas del Municipio con los ruinosos desembolsos realizados para hacer una gran feria, don Gerónimo no titubeó ni un solo momento en lo que debía hacer. Con gran urgencia, por sus múltiples ocupaciones, buscó un pirotécnico, le encargó que hiciera un monumental castillo, y sin pensar que con ello arruinaba al Ayuntamiento, pues tenía interés en dejar a buena altura el nombre de Murcia, le entregó 12.49 pesetas, para que gastase en pólvora cuanto quisiera, y dijo: ¡Ya salvé a la feria!, restregándose las manos satisfechísimo.

Y efectivamente: D. Gerónimo salvó a la feria, pero acabó de arruinar al Municipio, que sólo tenía los cuarenta y nueve céntimos disponibles. Las pesetas, como se desconocían en caja, hubo que pedir las prestadas, con lo que el Ayuntamiento se ha vuelto a entrapar de nuevo, negociando un empréstito.

Como nosotros, siempre que se hace algo para dejar en buen lugar el nombre de la población, no vacilamos en tributar aplausos, enviamos uno muy sincero al Alcalde por su atrevimiento al encargar un castillo de 12, 49 pesetas, aunque se arruinase el Ayuntamiento.

Con su decisión, entre otras cosas, se ha conseguido que la gente presenciadora de los fuegos artificiales quedara sorprendida de la fastuosidad con que se celebra la feria, fastuosidad desconocida hasta hoy día y que en los siglos venideros, al hablar de cosas magníficas, figurará como modelo.

Es nuestro alcalde D. Gerónimo.

El Teatro y la Crítica

Con motivo de una polémica sostenida entre M. Antoine, ex-director del teatro de su nombre, y un distinguido crítico, discutido por algunos días en la Prensa y en los Círculos literarios de París sobre derechos y deberes de la crítica teatral. Opinaba M. Antoine que el billete de Prensa enviado a los críticos obligaba a éstos a considerarse como invitados por la Empresa y les privaba en absoluto del derecho a exponer en su periódico un juicio crítico de las obras representadas que pudiera ahuyentar al público y perjudicar, por lo tanto, a la Empresa en sus intereses.

Muy extraña parecía la queja en quien, antes que como industrial, buscó el favor del público y de la Prensa como campeón de un Teatro libre en que todo cedía ante la libertad del Arte, hasta el patriotismo alguna vez y la decencia casi siempre. Pero el cambio de actitud de M. Antoine, por extraño que pareciera, era naturalísimo, una de tantas imposiciones de la realidad, que había de hacer en pocos años del luchador paladín del Teatro libre un empresario atento a su negocio, uno más entre tantos. Y es que nada hay que vencer tanto a los luchadores como la misma lucha; luchar con el público es comunicarse con él, y la comunicación, aún en los más insosolables, determina mutuas concesiones y agradecidos. El público es como las mujeres; se complace alguna vez en ser violentado, pero es a cargo de desquitarse pronto. Mujer, llora y vencerás, solía decirse; del mismo modo puede decirse a todo público: aplaude y vencerás.

Por regla general, los que van delante de una multitud no son los que la guían, sino los que son empujados por ella; cuando veáis a un caudillo, no preguntéis adónde va, sino adónde le llevan. Así, M. Antoine fué, como todos, adonde le llevó el público; hoy, al teatro del Quién, teatro oficial, subvencionado por el Gobierno, donde ha de someterse a un reglamento y en donde ya ni la libertad de negociante puede invocar, porque la subvención le obliga a servir al Arte en cierta medida. ¡El Arte! Porque la vanidad no les permite ser sinceros, protestaron autores, actores y directores de teatro de que M. Antoine no aceptara críticas de arte en nombre de su industria.

¡Cómo! ¿Equiparar el teatro a un negocio cualquiera, en que sólo se tratase de intereses materiales; suponer que, así como un dueño de restaurant pudiera demandar ante los Tribunales al periodista que se atreviera a decir en letras de molde, aun ha-

biendo pagado su cubierto, que allí se comía de perros, un director de teatro no debe tampoco admitir que el mismo periodista, que además no pagó su billete, salga al día siguiente de un estreno maldiciendo en su periódico de la comedia y de los comediantes y se permita pronosticar que la obra no dará dinero?

Y en uno y otro caso el perjuicio material es indudable, y por mucho que se estime la consideración artística concedida por esa noble intervención de la Crítica en nombre de un ideal artístico, el teatro no vive sólo de arte, porque no es arte sólo lo que pide el público ni con arte sólo se contenta, y bien puede suceder que obras maltratadas por la Crítica, al juzgarse en nombre del Arte, sean muy del agrado del público y, a pesar de los pronósticos, den mucho más dinero que otras más estimadas de los entendidos.

El cavilar no es para la muchedumbre, dijo Hamlet, que tan excelente crítico teatral de muestra. Noble tarea es, sin duda educar el gusto del público; pero no puede exigirse que esa educación sea costada por los empresarios.

Advertir al público piadosamente que no debe asistir a la representación de tal ó cual obra porque en ella se atropella ó menoscaba el ideal artístico de algún crítico, estará muy en su lugar cuando se trate de teatros subvencionados con largueza por el Estado ó por alguna Corporación con el exclusivo objeto de presentar obras de arte; pero los empresarios al uso, que arriesgan y comprometen su dinero en un negocio teatral, no deben consentir más intervención entre el escenario y la taquilla que la del público que paga. Es mucho dinero el que significa un negocio teatral en estos tiempos para que las Empresas puedan estar así a merced de los gustos, preocupaciones y juicios de la Crítica. No hay más derecho a juzgar en la prensa de una obra expuesta al público que de una mercancía expuesta en un escaparate.

¿Qué haría un comerciante con el que se pusiera a la puerta de su tienda a vociferar que todo lo que allí se vendió es de mala calidad ó de pésimo gusto? Entre el comerciante y el consumidor sólo debe intervenir la Policía cuando haya engaño ó fraude manifiestos, y del mismo modo en el teatro. Queden en libertad los empresarios de anunciar y pagar elogios y reclamos. Sucede, además, en la crítica que muchas veces, por estimar en más una obra, aquilata más sus defectos, y esto, que artísticamente la favorece, ante el público sólo estima por bueno lo que le dan por bueno en absoluto; el público no suele entender de matices de ironías; de suerte que una obra mediana, de esas bien apañaditas, sin nada que choque ni espante, como suele decirse, saldrá siempre mejor librada de la crítica que una verdadera obra de arte.

No digamos, entre el género grande y el chico, cuál será siempre el perjudicado. Dice la Crítica de cualquier jugueteo lírico, más ó menos sicalpítico: la obra estrenada anoche es un disparate, sin literatura, sin sentido común; pero la música es alegre, las decoraciones vistosas y el público no deja de reír durante toda la representación. ¿Y quién, por mucho que resista, no acabará alguna noche por gastarse una pesetilla en reír con aquél disparate? Pero dígame de una obra del género grande; la obra estrenada anoche es una verdadera joya literaria; en los dos primeros actos la acción se desarrolla con naturalidad y los caracteres se dibujan con firmeza; lástima que en el tercero no todas las situaciones estén justificadas y algún carácter se desdibuje un tanto. Y al leer esto, el mismo que no vaciló en malgastar la pesetilla por reírse las tripas con el disparate pensará, ante tan escrupulosa crítica: ¿situaciones no justificadas y un carácter desdibujado y cinco pesetas la butaca? No en mis días; por cinco pesetas hay que justificarlo todo.

Y mientras el gracioso disparate se representa doscientas noches, la obra literaria se representa sus tres noches reglamentarias ante los acomodadores, la familia del autor y el abono honorario de las últimas filas de butacas, que en estas noches avanza, resuelto y atrevido, hasta las primeras, seguro de no ser molestado.

En las condiciones del teatro en la vida moderna, por su importancia como negocio industrial, sólo como industria debe ser considerado, y aunque padezca el sentimiento artístico de autores, bueno es que se contenten con los elogios y ditirambos pagados por las Empresas. Con esto el negocio teatral será mejor negocio, y ¡quien sabe!, como el dinero es la gran fuerza moder-

na, acaso cuando el teatro sea mejor negocio pueda permitirse el lujo de atender al Arte de cuando en cuando.

JACINTO BENAVENTE.

Novela en cuatro cartas

TERCERA

De un poeta romántico a un amigo ausente.

Amigo entrañable: no sueño todavía y sin embargo estoy bajo el peso de una impresión vivísima, capaz de figurar dignamente en una novela fantástica. La realidad quiso ponerse de acuerdo con la fantasía, y engendró un caso maravilloso. En la tarde hubiese sido terrible; en la noche fué horrendo. Pareció algo así como si se juntasen las sombras con la luz y diesen vida a una persona, mitad angel, mitad demonio. Figúrate la resurrección de un vestigio del cuerpo de una vestal y tendrás el parecido del sucesos.

Aquella desesperación sorda que se apoderó de mí a la muerte de Rosa, aquella pena invencible que no hallaba consuelo más que sobre la tumba de la sin ventura, ha sido causa de que experimente la sensación de lo desconocido, que guste la voluptuosidad morbosa de lo horrible. Dentro de mi existencia, te lo confieso con ingenuidad, jamás viví más intensamente unos minutos. Daria contento lo que me resta de vida por experimentar durante media hora un placer cualquiera con la misma intensidad.

Si una persona se asomase al abismo del no-ser, conocería lo que es la vida. Igual me sucedió a mí. La cima insondable que entreví en la única noche que no he soñado, fué como la revelación insensata de un misterio sólo conocido de Dios. Dentro de lo humano no hay nada más horroroso que la sensación de la soledad frente a lo desconocido. Entonces se vive, porque se muere; es como un desmayo que nos lleva al reino de la muerte y nos despierta en la realidad, diciéndonos ante el destino implacable: esa es la vida, pero también es la muerte. Es como una sombra condensada en la sombra, de la cual brota una luz.

Hasta la noche contribuía a dar más lobreguez al paisaje. Arriba había cólera; abajo, desesperación, naciendo de esta conjunción algo monstruoso. Si Dios no fuese Dios, se habría asustado del espectáculo. Se veía en el espacio la mano del destino escribiendo el famoso ananké. Una persona, descubriendo el misterio de las sombras, habría muerto; un poeta, yo, supo vivir unos momentos sublimes. Si hoy me fuese fácil trasladar al papel mis sensaciones de aquel momento, Dante no sería tan sincero y Milton dejaría mucho que desear. No hay nada para descubrir bellezas como mirar a la Muerte cara a cara. Entonces se notan los defectos de aquellos que imitaron a la vida y se sabe distinguir lo falso de lo cierto. Hay que leer en el libro abierto de la realidad para conocer lo irreal.

La tumba de Rosa, frente a mí, me ligaba a lo futuro. No había ni tiempo ni espacio. Los rayos que incendiaban la atmósfera eran las palabras de mi oración grabándose en lo infinito; los truenos, la expresión ruda de los sentimientos en mi alma; las sombras, las dudas que me punzaban el corazón. Para la noche de mi alma era un marco apropiado la noche de la Naturaleza; cólera a cólera, la mía era más imponente. Dios, es más grande en sus iras; los humanos, más monstruosos. La ventisca decía a mi cerebro: muere; la razón: vive. Y brotó de la contradicción lo inverosímil.

Fuera de lo que encerraba el sepulcro no existía nada para mí; dentro, sólo polvo, ilusión, nada. Y sin embargo, lo de dentro me llamaba. Mi cabeza, inclinada sobre el marmol, lo decía; mi razón, presa en el pasado, lo procl-